



José de Benito



Los clubs y las sociedades literarias españolas



De Estampas de España e Indias



De los «caballeritos de Azcoitia» al Ateneo de Madrid

Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir.

Gaceta del 3 de mayo de 1823; de un documento
que publica la Universidad de Cervera.

Sentimiento religioso de catolicidad y sincero afán de incorporarse al progreso humanístico de las ideas liberales se amalgaman en la mente española del siglo XVIII, produciendo terreno apropiado para absorber el caudal de cultura irradiado en la Europa precursora de los derechos del hombre y del ciudadano. La sequedad teológica de nuestros moralistas del XVI y el XVII; el dique que al libre divagar del espíritu había puesto el concepto ibérico de lo *non sancto*, con más el régimen procesal «suasorio» de la jurisdicción

eclesiástica; la intangibilidad de atributos de la realeza; y la válvula de escape al sentido heroico y aventurero que las guerras de Europa y la fortuna en Indias fueron para los disconformes, habían resecado el intelecto hispánico, ávido de las savias cultas alumbradas de tarde en tarde para ser soterradas entre aspavientos y latines.

No es de extrañar, pues, que con tales antecedentes la sed de cultura estallase con proporciones casi de plaga nacional en el momento en que monarcas de espíritu benévolo, hechos a otros ambientes, abrieron, aunque con cautela, la espita de las fuentes de Minerva ya a punto de obturarse por su prolongado desuso. Al páramo que los fuegos del justicia requemaron, sucedió -117- el jugoso prado de los frescos pastos en que calmar la dolorosa apetencia del secular ayuno. Y fue, en efecto, en las más verdes y jugosas de las tierras de España, abiertas por sus costas y el tráfico de sus naves a todos los comercios -que el de las mercancías engendra inevitablemente el de las ideas-, donde se concretaron los primeros fulgores del renacer. Es Jovellanos, nacido en las Asturias y regado por las salpicaduras de la mar bravía de Gijón, quien primero se atreve a discurrir por los laberínticos pasos de la Justicia, sin atormentar su cráneo con la peluca rígida y empolvada que entre sus cosméticos llevaba prendidas las viejas fórmulas amparadoras a las veces del desafuero legal. Y son Javier María de Munive y Manuel Ignacio de Altuna, paisanos de los viejos pilotos de la ría de Bilbao, los que primero fundan con sentido orgánico un laboratorio del pensamiento en Azcoitia.

* * *

Las noticias de Amberes, de Amsterdam, de París, de Ginebra, se adentran por la ría y por sus caseríos, repartidas por los hombres de mar, sucesores de los que hicieron el comercio con las estampas de Flandes y con los puertos de La Rochela y Brest; los libros, fresca aún la tinta de las prensas de Europa, llegados junto a la pacotilla del marino, van abriendo con los surcos paralelos de sus letras la feraz y despierta inteligencia de caballeros, clérigos y comerciantes, que unos por negocio, otros por sus viajes y otros por su

afanosa vocación de estudio, leen, como si estuvieran en romance paladino, las novedades venidas de Inglaterra y de la Francia precursora.

Las casas de las villas vascongadas se animan por las noches, y entre el alegre departir de los sucesos locales, las partidas de naipes, el comentario a la avería ocurrida a una nave en el golfo de Gascuña y la denuncia de una nueva mina en el monte cercano, quien tuvo la fortuna de digerir el último libro, ilustra a sus contertulios con la impresión recibida, que se discute, se -118- contradice o se apoya, según el rincencillo de donde surja el parlamento. Cada cual, al llegar el instante de disgregarse, el momento del cada mochuelo a su olivo, piensa que le quedó lo más sabroso aún en el buche, y se promete no perder la velada siguiente, en la que habrá de responder a don Jacinto o al padre Salvador sus objeciones de última hora sobre el fundamento natural del pacto de Juan Jacobo Rousseau que él defendiera.

El hábito polémico va desplazando el comadreo. La afición a las justas académicas y la necesidad de preparar las armas, crea espontáneamente un orden de materias, y los primeros reglamentos sobre lugar de reunión, duración y distribución de tiempo, así como los temas, se fijan ya en Azcoitia en 1748:

«Las noches de los lunes se hablaba solamente de matemáticas; los martes, de física; los miércoles se leía historia y traducciones de los académicos tertulianos; los jueves, una música pequeña o un concierto bastante bien ordenado; los viernes, geografía; el sábado, conversación sobre los asuntos del tiempo, y el domingo, música.»

He aquí el cuadro que nos da Santibáñez de aquellas tertulias azcoitianas sobre las cuales edificaron Munive -marqués de Peñaflores-, Altuna y Narros, el año 1764, la famosa Sociedad Vascongada que el propio marqués dirigió y de la que salieron en ejemplar estímulo el Seminario de Vergara y las innumerables Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que dice con acierto un historiador: «Los planes concebidos amorosamente por los Amigos del País están puntualizados en la memoria que elevaron a Carlos III, abogando por el mejoramiento de la agricultura, la repoblación forestal, el

fomento de la industria y el comercio, etc., y anticipando los conceptos y las palabras que tantas veces han sido lanzadas al país por las llamadas “fuerzas vivas”, en términos apremiantes, sin cambio sustancial de contenido; persistencia de temas que tanto demuestra la clarividencia de aquellos bien intencionados varones, como la desidia de sus descendientes.»

-119-

Pero volviendo a nuestros buenos vascos, más modestos en los fines y más eficaces en el rendimiento, que cumplidamente supieron llenar aquéllos, los «caballeritos de Azcoitia» cultivaron la inclinación y el gusto hacia las ciencias, bellas letras y artes; corrigieron y pulieron las costumbres; desterraron en gran medida el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias y estrecharon más la unión de las tradicionales provincias vascongadas; o lo que es lo mismo, pusieron en marcha la «peligrosa novedad de discurrir», que, a pesar de los frenos, persecuciones, incidentes, amenazas y torturas, sufridas por sus cultivadores, se ha ido abriendo camino paso a paso por entre los barrotes carcelarios, las condenas al destierro y a la miseria, y las ejecuciones, rebrotando como el ibérico Guadiana con el caudal más limpio por la depuración que el filtro de su curso oculto significa.

* * *

La política liberal carlostercista se anubla en los comienzos del siglo XIX; la ambición del general Bonaparte, anticipo paralelo de los «espacios vitales», provoca, primero, los temores del Príncipe de la Paz, y cuando el de Asturias con cautelosa y repugnante trama logra la abdicación de Carlos IV, casi al repique de las botas de los granaderos napoleónicos que pisan fuerte por las calles de Madrid siguiendo al Duque de Berg en su entrada triunfal por la capital de las Españas, los intelectuales españoles se encuentran en la más dolorosa de las encrucijadas. ¡Momento de intenso dramatismo para los que habiendo bebido con amor las doctrinas de la igualdad y la fraternidad en su fuente originaria, se ven ante el problema de defender su patria, contra un invasor, rector de un pueblo al que debían su pensamiento, o unirse a él para caer en el desprecio y en el odio de los patriotas!

Floridablanca, ya octogenario, y Jovellanos, que hacía tiempo se había percatado de la tormenta amenazadora que pugnaba por salvar las crestas pirenaicas, supieron -120- resolverlo con la altivez del caso, presidiendo aquél la Junta Central, constituida para arrojar al invasor, y éste en respuesta memorable a la invitación que Sebastiani le hiciera para ligarle a las águilas triunfantes de Napoleón.

«No lidiamos -respondía el autor de la *Ley agraria*-, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestra religión, nuestra Constitución y nuestra independencia.»

Otro sector que anhelaba para España libertades y progreso y consideraba tan pegadiza la familia Borbón como la Bonaparte, con la ventaja en favor de esta última de la legislación impuesta por Napoleón en los territorios conquistados y las promesas encerradas en los primeros decretos promulgados en nombre de José I -abolición del Santo Oficio, reducción de conventos, etcétera-, se sumaron ciegamente a las legiones del Corso, justificándose a sí mismos un papel en el liberalismo europeo, y fueron despectivamente señalados por el pueblo en armas, que había jurado exterminar al último enemigo antes que permitir el brote de raíces en tierra hispánica de la dinastía Bonaparte.

El cataclismo perturba líneas y conductas, y se da el caso de que un Moratín, después de haber escrito en su carta al abate Melón el panegírico más desenfrenado del absolutismo y la defensa de los privilegios de casta y fuero, abominando de los progresos que hacen en las gentes «las erradas máximas de los modernos», para agregar que «de otro modo pensaban nuestros abuelos y el pan valía más barato y había más cristiandad y más temor de Dios»; cuando llega el día en que aquellos dislates pudieran servirle para adoptar una actitud honesta de patriota, se olvida, por lo visto, de cuanto dijo, y en una pirueta tan ágil -eso sí- como una de sus buenas comedias, se alinea entre los Azanzas, los Meléndez Valdés, los Cabarrús o los Llorentes, que en Bayona, al discutir aquella carta otorgada con máscara de Constitución,

aportan su ingenuo deseo de progreso en algunas -121- reformas, principalmente las propuestas por don Mariano Luis de Urquijo, el antiguo ministro de Carlos IV, traductor, y no malo por cierto, de Voltaire, pero que no por ello se libró del juicio general que sobre los diputados hiciera un día el fiscal Arribas negándoles talento, ilustración e influencia sobre el pueblo, ni tampoco del sarcasmo elocuente, puesto al margen del informe cursado por sus consejeros, de puño y letra del propio emperador con cuatro cortas palabras: «Vous êtes des bêtes.»

La guerra exige el esfuerzo máximo de todos, y escritores, artistas, historiadores, hombres de ciencia, olvidan sus quehaceres para entregarse de lleno a la lucha. La literatura se hace política inevitablemente, recorriendo toda la escala; desde implantar los fundamentos filosóficos del Estado que los doceañistas construyen en Cádiz, hasta el libelo y las aleluyas que cantan las virtudes heroicas de los guerrilleros y ocultan con prudencia la ineptitud de generales como Aréizaga -flor eterna de la Historia-, que en Ocaña, viendo a sus soldados tratando de pegarse al terreno, exclama: «¡Más franceses! ¡Buena va a armarse!», y enfundó el catalejo con gesto suficiente y marcial.

El regreso a España de Fernando VII en medio del general contento, que hubiera podido marcar un importante avance cultural tras la triste experiencia, fue por obra del monarca felón un espantoso salto atrás y el pensamiento libre hubo de ocultarse temeroso de perder hasta el más inocente de sus representantes en la infamante pena de garrote con que obsequiaba a sus más encendidos defensores, el rey que con tantos trabajos y sangre habían logrado reponer en el Trono de su tocayo San Fernando.

Los intelectuales se refugian en las sociedades secretas. El Conde de Montijo reorganiza en Granada por el año de 1816 la decaída francmasonería. Doceañistas y afrancesados conspiran en búsqueda peligrosa de la libertad perdida. El Gran Oriente, Los Maestros y Los Hermanos llevan en su vida pública los nombres de Cabarrús, -122- Argüelles, Romero Alpuente, Gallardo, Riego; y las «tenidas» eran tejer y destejer de alzamientos, conspiraciones,

proyectos y esperanzas en las que con el aparato de su liturgia se fortalecían los débiles, entusiasmaban los activos y simulaban su ambición los arribistas.

Cristalizada la conspiración con el gesto de Riego en Las Cabezas de San Juan, el año 1820, traga bien a disgusto, ante los gritos alborozados de los liberales, el rey nuestro señor, aquel papel de Cádiz que siete años antes mancillara; y en explosión incontenible la oratoria política se instala en los cafés madrileños y en los clubs. La tertulia resurge y en discusiones apasionadas y violentas a las veces y en clamores de triunfo en otras ocasiones, pueblan La Fontana de Oro, La Cruz de Malta, el Café del Príncipe, Lorenzini y los cenáculos y tabernillas de la Corte, para aumentar las novedades que *El Semanario Patriótico*, *El Espectador Sevillano* o el resucitado *Conciso* les sirvieran como pasto de polémica. Liberales exaltados y moderados discutían sus puntos de vista y a los templados argumentos que en el Café del Príncipe exponía Martínez de la Rosa, contestaban con lucubraciones altisonantes, en que la diosa Razón y el nuevo orden danzaban en contrapunto, por boca de un Alcalá Galiano.

El perdón se extendió acogedor a todos los absolutistas, y años después pudo decir, en verdad, aunque con el dolor de su responsabilidad histórica, don Agustín de Argüelles, que en todas las provincias se había corrido un velo generoso sobre los seis años que mediaron entre 1814 y «este glorioso día» - de efímero reinado, añadiremos-; ya que los Cien mil hijos de San Luis al mando de Angulema dieron al traste, por la conjura de Fernando VII y Chateaubriand, con el resplandor de vida cultural que se iniciaba. Acaso llenos de buenas intenciones, no queden en la Historia limpios de culpa los grupos de patriotas que para evitar los errores del Gobierno crearon a manera de rebrote castizo de las logias, las sociedades de Los Comuneros y Los Anilleros, cuyas profundas reformas consistían en bautizar con nuevas -123- nomenclaturas las ya gastadas de los francmasones. Extravío romántico, ingenuo y desafortunado del que no quedó rastro en poco tiempo.

* * *

¡Qué suspiro de alivio no sería el de los intelectuales españoles de 1833, al conocer el óbito de su *amado* monarca! Cierto que algunos se refugiaron en el costumbrismo al modo de Mesonero, para así esperar con viejo criterio mahometano el paso ante su puerta del cadáver de su enemigo; pero el espectáculo constante de la muerte enteriza de los que como Torrijos o Mariana Pineda supieron en sus últimos instantes conservar admirable decoro, hizo a otros como a Espronceda esmaltar su corta vida de escritor con los lances de guerra y de revolución.

En el Café del Príncipe cuaja con rapidez la tertulia del Parnasillo, que Azorín calificó de «solar del romanticismo español» y que Larra legó a la posteridad con estas agrias expresiones, en *El Pobrecito Hablador*. «El reducido, puerco y opaco Café del Príncipe.» Todavía años después don Juan Valera nos habla del famoso café -*Obras completas, Correspondencia*, vol. I- y no por cierto en tonos encomiásticos: «Mi tertulia más ordinaria en todos los sentidos, es el Café del Príncipe o de los Literatos. ¡Válgame Dios y qué discusiones y disputas se arman allí y cómo murmuran los unos a los otros! ¡Hay seis o siete pandillas enemigas y ninguno puede ver a los demás!». En aquel recinto favorecido por los poetas y grato a las musas, como dijera también Valera, que por lo visto, a pesar de lo desagradable que le resultaba su frecuentación, no podía pasarse sin ella, pusieron paño al púlpito los Duques de Frías y de Alba, Larra y Bretón de los Herreros -de donde acaso se conocieron lo suficiente como para enemistarse-, Espronceda, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Vega, Ceruti y tantos otros; y es posible que el año 1835, presenciando una disputa más agria de lo que lo cortés -124- permite, don Juan Miguel de los Ríos, amigo leal de don Ángel de Saavedra, tercer duque de Rivas, que el 22 de marzo estrenaba en el Teatro del Príncipe su *Don Álvaro o la fuerza del sino*, pensase en la conveniencia de crear, a imitación de aquella Sociedad Vascongada de los «caballeritos de Azcoitia» un centro en el que con libertad y buenas formas pudieran sacarse a la luz pública discusiones académicas, sin el peligro del intruso, inevitable en la tertulia del café ni el temor de las mazmorras del Saladero que había silenciado a los ingenios de la Corte por toda la década de 1823 a 1833, cuando el traslucirse

una opinión que llegase a oídos de los agentes de don Tadeo Calomarde era, en caso de suerte, traspasar la frontera.

El ambiente optimista de los primeros pasos de un Gobierno liberal moderado propiciaba el desarrollo de la idea que germinara en el espíritu de don Juan Miguel. Bretón de los Herreros, Espronceda, el Duque de Rivas, Alcalá Galiano y los más selectos de los contertulios del Parnasillo, le prestaron su apoyo y obtuvieron el asentimiento benévolo del presidente del Consejo, Martínez de la Rosa; y vencidas las dificultades, surge en pleno Madrid romántico, con el nombre más clásico de cuantas sociedades literales hubo, el Ateneo Científico, Literario y Artístico, que en su memorable sesión inaugural, después de elegidos para presidente y secretario don Ángel de Saavedra y don Juan Miguel de los Ríos -romántico y clásico, respectivamente-, trazó el camino glorioso de un siglo de cultura bajo el símbolo de Palas Atenea.

Bogotá, a 19 de junio de 1939.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

